



**Universidad
Nacional
de Rosario**

La prisión de los celos. Lacan, Proust.

Trabajo Integrador Final - Ensayo

Castroi, Enzo Eduardo Nicolás (C-6271/5 - 42.926.272)

Universidad Nacional de Rosario - Facultad de Psicología

Cátedra Trabajo Integrador Final

Docente responsable: Ps. Gallo, Gala

- 07 de mayo de 2026 -

Agradecimientos

A mis viejos, que siempre hacen lo imposible.

A mis hermanas, a quienes amo a pesar de decírselos demasiado poco.

A mi familia, que me aguanta a pesar de todo.

A las dos bestias que tengo por gatos, que todo lo que me han sacado en horas de sueño
me lo han devuelto en amor.

A mis amigos y amigas, que agradezco cada día el que sean demasiados para poder
mencionarlos uno a uno.

A mis ídolos, que son muchos.

A Sabrina, Gala, Pablo y Mauro, por hacer posible este momento.

A La Masotta, por demasiadas cosas.

A la Facultad de Psicología, que es mi hogar.

A la Universidad Pública, que no dejaremos caer.

A la Argentina.

Índice

Agradecimientos	p. 2
Índice	p. 3
Resumen - Palabras clave	p. 4
Introducción	p. 5
Desarrollo	p. 7
Los celos en psicoanálisis	p. 7
Amor, significante, celos	p. 9
La prisión de los celos	p. 14
Conclusiones	p. 19
Referencias	p. 21

Resumen

El presente ensayo examina el fenómeno de los celos amorosos desde una perspectiva psicoanalítica. A partir de los desarrollos teóricos de S. Freud y J. Lacan, y del análisis de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, se propone una hipótesis novedosa acerca de las condiciones que hacen posible la aparición de los celos amorosos. Para ello, en primer lugar, se retoman los aportes realizados por Freud con el fin de dar cuenta de las bases teóricas desde las cuales se piensan los celos amorosos en psicoanálisis, subrayando especialmente su dimensión inconsciente y ciertos rasgos fundamentales de su fenomenología. En segundo lugar, se revisan los desarrollos de Lacan en torno a la relación entre amor, signo y significante, a partir de lo cual se propone y defiende la hipótesis de que los celos amorosos nacen, al menos en parte, a partir del hecho de que el amor exige del partenaire el signo de amor, exigencia que choca con el hecho de que el sujeto solo tiene acceso a significantes, que introducen el engaño posible. Se sostiene que de esta tensión estructural emergen los celos amorosos como fenómeno universal. Finalmente, la hipótesis se pone a prueba mediante el análisis de la obra de Proust, en cuyas escenas se muestra cómo la lógica del significante mantiene al protagonista atrapado en sus celos. Se concluye que la hipótesis propuesta resulta conceptualmente consistente y encuentra una expresión particularmente clara en la obra analizada.

Palabras clave

Celos - Amor - Significante – Tiempo – Pérdida

Introducción

A lo largo de la historia del pensamiento y las artes es posible encontrar una extensa y variada producción acerca de los celos. Abundan en la mitología, la filosofía, las ciencias y las artes los intentos de retratarlos y comprenderlos.

Pero a esta diversidad de representaciones sobre los celos hay que sumarle otra. Pues hay quienes defienden la idea de que el fenómeno en sí mismo no es unívoco, y de que la forma en que un ser humano vive los celos depende de la situación en la que los experimenta, de su cultura y de su época. Uno de estos hombres es el escritor francés F. Monneyron, quien en un libro publicado en 1997, titulado *L'écriture de la Jalousie*, muestra algunas de las formas de los celos. Expone que para los griegos, por ejemplo, el *phthonos*, término que puede ser traducido al español como celos o envidia, era extensible a toda actividad humana y considerado en sus repercusiones sobre toda la sociedad. Otro es el caso de la civilización occidental actual, aquella en la que vivimos, en la cual priman la manifestación, la representación artística y la reflexión acerca de los celos en la esfera amorosa.

Sin embargo, el sentido y la dirección del presente trabajo giran en torno a los celos amorosos, puesto que al trabajar los celos en psicoanálisis la referencia pasa obligadamente por esta última forma de los celos, que son los que han sido abordados de forma casi exclusiva desde los comienzos del movimiento psicoanalítico. Por ende, este ensayo propone realizar una lectura novedosa de este fenómeno tomando como material de análisis, por un lado, los desarrollos conceptuales realizados por Jacques Lacan en la edición de 1973 de su *Seminario* acerca del amor, el signo y el significante, y, por el otro, la novela de Marcel Proust *En busca del tiempo perdido*.

El objetivo principal de este trabajo es plantear y defender la hipótesis de que, al menos en parte, el origen de los celos amorosos puede ser pensado a partir del hecho de que el amor busca en el partenaire el signo de amor -vinculado a la certeza-, pero jamás se encuentra con más que significantes -que introducen el engaño posible y siempre se resignifican-. Esto se debe a las condiciones en las que el sujeto adviene y habita el mundo, condicionado por el registro simbólico, construido a partir de significantes. A partir de esta conjetura, novedosa dentro del campo del psicoanálisis, se realiza una lectura también singular de la obra proustiana, que permite interpretar los celos de su protagonista a partir del juego entre amor, signo y significante.

Para cumplir con estos objetivos se trabaja con una estructura de tres apartados. En el primero, se retoman los aportes de S. Freud acerca de la concepción psicoanalítica de los celos, con el propósito de sintetizar los puntos de vista que constituyen la base conceptual según la cual los celos se trabajan desde este campo. En el segundo, se realiza una breve reseña de los aportes realizados por J. Lacan sobre los celos, para

luego desarrollar los tres pilares conceptuales que permiten sostener la hipótesis planteada en este ensayo: el amor, el signo y el significante. En el tercer apartado, a partir de la hipótesis central, se procede al análisis de ciertas escenas de *En busca del tiempo perdido* que giran en torno a los celos amorosos, y que permiten simultáneamente ilustrar y sostener esta propuesta teórica a la vez que se interpreta la obra literaria.

Desarrollo

Los celos en psicoanálisis

Los aportes psicoanalíticos a la comprensión del fenómeno de los celos apuntan casi exclusivamente desde sus inicios a la esfera de los celos amorosos. Esta orientación del campo le fue dada por su fundador, Sigmund Freud, quien a lo largo de su obra se ocupa en diversos puntos de este fenómeno de la vida amorosa.

Ya se trate de exponer la concepción psicoanalítica de los fenómenos neuróticos a través del análisis de los celos de una mujer mayor -como lo hace en la *16 Conferencia de Introducción al Psicoanálisis* de 1991-, de explicar las diferentes formas de la paranoia, entre ellas el delirio de celos, mediante la negación del deseo homosexual -como lo expone en *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*-, o de cualquier otra referencia a este fenómeno, el tratamiento de los celos siempre está asociado en Freud a las relaciones amorosas.

Sin embargo, son poco usuales las ocasiones en la que los celos ocupan el centro de la escena en la obra freudiana, tanto en la exposición de casos como en la elaboración teórica. Sólo en un artículo estos tienen el lugar principal, que comparten, a su vez, con otros dos temas. Se trata de *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*, un breve escrito redactado en el año 1921 y publicado en 1922 (Strachey, 1991, p. 216), que contiene en su primer apartado una síntesis de las ideas freudianas acerca de los celos.

Allí Freud describe los celos como un estado afectivo que en su presentación típica es lícito llamar normal, entendiéndose por esto que forman parte de la vida amorosa de todos los seres humanos. Estos están compuestos, a la vez, por: a) el duelo, el dolor y la afrenta narcisista por perder el objeto de amor; b) sentimientos de hostilidad hacia los rivales que parecen ser preferidos; y c) la autocrítica que, en mayor o menor medida, hace responsable a uno mismo por la pérdida del amor (Freud, 1991c). También establece allí una tipología de los celos amorosos que los divide en normales, proyectados y delirantes, e ilustra sus puntos de vista con un caso clínico.

En la *16 Conferencia*, Freud recoge aún otros dos elementos típicos de los celos en el plano consciente. Se trata de: d) la desconfianza, y e) los reproches a la pareja (1991a, p. 229) en los cuáles la desconfianza se expresa.

Ahora bien, lo más novedoso de los planteos de Freud acerca de los celos es el descubrimiento de su dimensión inconsciente, elemento esclarecedor propio y original del psicoanálisis. En esta línea, afirma que los celos amorosos no responden a la *ratio* -a la razón, al yo consciente-, sino que “*arraigan en lo profundo del inconsciente*” (1991c, p. 217). Esto implica que, incluso en su presentación ‘normal’, los celos no pueden ser

dominados por completo por la consciencia, no son proporcionados a las circunstancias efectivas y no responden a las relaciones actuales. De acuerdo con Freud, esto se debe a que los celos tienen su raíz en el complejo de Edipo, el complejo de los hermanos y la bisexualidad constitutiva, tres elementos inconscientes reprimidos que, en tanto tales, determinan la vida consciente más allá de toda volición. A la manera en que lo propone en *Inhibición, Síntoma y Angustia* (1992) respecto al afecto de la angustia, los celos se tratarían también entonces de la repetición de vivencias antiguas.

Los hallazgos y líneas de investigación propuestas por Freud para el análisis de los celos amorosos fueron continuados por otros analistas. Para los fines de este ensayo nos interesa particularmente recurrir a los aportes de Jacques Lacan.

Amor, Significante, Celos

Los celos aparecen en diversos momentos de la enseñanza de Lacan. En cada uno de ellos las reflexiones que este presenta responden a cada particular etapa de su pensamiento. A mediados de los años '50, cuando uno de los puntos centrales de su elaboración teórica gira en torno a la constitución del yo en el estadio del espejo y sus consecuencias en el devenir del sujeto, las referencias a los celos pasan por ubicarlos como una 'pasión imaginaria'. Esto implica que los celos son concebidos como parte del registro imaginario del yo, que constantemente perturba lo simbólico. Esta concepción los emparenta con otras pasiones, como la envidia, la ignorancia, el amor y el odio; véase las clases del 5 de mayo y 9 de junio de 1954 del *Seminario*, o *La Cosa Freudiana*, de 1955. En la edición de 1955-1956 del *Seminario*, dedicada a las psicosis, la mención a los celos pasa en cambio por distinguir entre los celos 'normales' -aquellos en los que a pesar de las pruebas se mantiene siempre la duda sobre la infidelidad- y los 'delirantes' -los psicóticos, aquellos en los que se tiene la certeza de ella más allá de toda prueba-; véase las clases del 11 de enero y del 15 de febrero de 1956.

Pero estos son tan solo dos ejemplos entre tantos otros. Revisar exhaustivamente estas elaboraciones no constituye el punto central de este ensayo. Por el contrario, lo que se busca es plantear una reflexión novedosa a partir de la enseñanza de Lacan y la lectura de la obra literaria de Proust. Para este propósito se hace uso de la elaboración lacaniana de tres conceptos: el amor, el signo y el significante. A partir de las relaciones entre ellos, en este ensayo se sostiene la idea de que la búsqueda del signo de amor en el partenaire es una exigencia propia de la relación amorosa, y se propone la hipótesis de que la aparición de los celos amorosos puede pensarse partiendo del hecho de que el sujeto no se encuentra en esta relación con otra cosa que no sean significantes, con la dimensión de engaño posible que estos entrañan. Se trata de una propuesta que se sirve de la enseñanza de Lacan para proponer nuevas vías de reflexión analítica en torno a un fenómeno universal.

Para ello se parte, entonces, de examinar la concepción lacaniana del amor.

Las posiciones de Lacan sobre el amor, tal como sucede con la mayoría de sus aportes, varían a lo largo de su enseñanza. Por lo tanto, hallar una definición unívoca y sostenida no es tarea sencilla, ya que este concepto queda ligado a la concepción misma de sujeto, la cual se modifica, en la obra lacaniana, a lo largo de los años. No es la misma la manera de pensar el amor en el sujeto barrado de los primeros seminarios que en el 'hablanteser' de los años '70.

Abatángelo & Yaser (2019) dan cuenta de esta variación y aíslan un elemento que puede contribuir a proporcionar orden a la cuestión. Las autoras señalan que, más allá de toda variación, Lacan piensa siempre al amor como una pasión. Ahora bien, lo cierto es

que, como ellas mismas muestran, en la enseñanza de Lacan no existe algo parecido a una teoría general de las pasiones o de los afectos. Estas son tomadas de forma diferente cada vez que son examinadas, según la manera en la que Lacan concibe su rol en la cura analítica. Así, en la edición de 1953-54 del *Seminario*, por ejemplo, el amor aparece junto al odio y la ignorancia en su doble vertiente -esto es, imaginaria y simbólica- como “vías de realización del ser” (2022, p. 404) con las que el análisis se las tiene que ver en su búsqueda de la palabra plena. Más adelante, desde la edición de 1960-61 del ‘*Seminario*’ -titulada ‘*La Transferencia*’- el amor cobra un papel mucho más preponderante en la teoría a partir de pensarlo en relación con la transferencia como una condición necesaria para el análisis (Lacan, 2023).

¿Cómo ubicar, pues, dada esta dispersión, una base para este ensayo? Lo más pertinente en esta ocasión es servirnos de uno de los momentos más avanzados de la enseñanza de Lacan y retomar así sus tesis sobre el amor formuladas a lo largo de la edición de 1972-73 del *Seminario*, ‘*Aún*’. Esta elección se fundamenta en que es precisamente la versión allí planteada del amor la que ha dado pie a la hipótesis sobre los celos.

Pero ¿qué plantea Lacan sobre el amor en este momento de su enseñanza? Puede decirse que Lacan busca mostrar por distintas vías que el amor exige del partenaire el signo de amor, el cual le es imposible obtener. Esta no es, sin embargo, una afirmación que pueda encontrarse textualmente en Lacan, dado que constituye más bien una conclusión a la que es posible llegar a partir de la lectura del *Seminario*.

Las primeras indicaciones que apuntan en esta dirección se encuentran en la clase inaugural, dictada el día 21 de noviembre de 1972. “El goce del Otro, del Otro con mayúscula, del cuerpo del otro que lo simboliza, no es signo de amor” (2020, p.12). Este es el aforismo con el que Lacan introduce a su público en la temática. Su sentido es en principio enigmático, pero esta máxima nos permite extraer ciertas consecuencias. “El goce -el goce del cuerpo del Otro- sigue siendo pregunta, porque la respuesta que pudiera constituir no es necesaria y todavía hay más. No es tampoco respuesta suficiente, porque el amor pide amor. Lo pide sin cesar” (p. 12), es la manera en la que comienzan las explicaciones de la fórmula.

Que el amor no encuentre en el goce del cuerpo del otro el signo de amor da a entender no solamente que hay una falla con la que se encuentra en este punto, sino también que hay, en primer lugar, una búsqueda del signo que allí no se resuelve. Ya sea el sujeto o el Otro quien goza hay algo que, siguiendo a Lacan, no se cierra. El goce se constituye como pregunta por el amor porque como respuesta a este es insuficiente. Lo que el amor busca es ‘algo más’. Este ‘algo más’ recibe a lo largo de las clases distintos nombres, como, por ejemplo, el deseo -imposible de satisfacer- de “ser Uno” (p. 14) con

el partenaire, o el alcanzar el “ser” (p. 53) del otro, que debido a la estructura misma del lenguaje, no permite dar cuenta de él de manera completa, siempre se escapa.

Rabant, en *‘Pasión y sublimación’* (2009), entiende que aquello que se busca en el amor puede ser pensado como el signo de amor -y agregamos- en lo que este tiene de certeza. A diferencia del significante, que es “lo que representa a un sujeto para otro significante” (Rabant, 2009, p. 215), el signo, definido como “lo que representa a algo para alguien” (Lacan, 2019, p. 215), tendría una relación estable y cierta con aquello que representa, en este caso el amor. Al menos así lo creería el sujeto, pero siguiendo a Lacan es necesario cuestionar esta relación.

Esto se debe a que el *Seminario* de 1972-73 introduce una novedad en la concepción lacaniana del signo. Mientras que, en la enseñanza de los años previos, Lacan había sostenido el signo en el sentido mencionado, esto es, diferenciado del funcionamiento del significante, en este momento se produce un viraje. El signo para Lacan ya no va a ser “*signo de algo*”, sino “*de un efecto que es lo que se supone como tal a partir del funcionamiento del significante. [...] Este efecto es lo que nos enseña Freud, el punto de partida del discurso analítico, o sea el sujeto*” (2020, p. 64). Deja por ende de representar algo fijo, para representar a un sujeto, lo que elimina toda posibilidad de la certeza. El signo como tal no sería entonces más que una ilusión, que puede o no sostenerse en cada caso singular.

Pero para entender el porqué de esta afirmación es necesario introducir y desarrollar el segundo concepto que permitirá avanzar sobre la hipótesis planteada acerca de los celos amorosos: el de significante.

Se trata, en este caso de un concepto que Lacan recoge del *‘Curso de lingüística general’* de Ferdinand de Saussure y que, a partir de ciertas modificaciones, se transforma en uno de los pilares de su enseñanza. Las elaboraciones que realiza a partir de este concepto son numerosas, complejas y difícilmente abordables en un escrito de estas características. Sin embargo, interesa para este ensayo recoger únicamente ciertos elementos que permitan continuar con la argumentación.

En primer lugar, habiendo planteado ya una definición, interesa tomar la idea de que el significante es el material o la unidad básica del registro simbólico, que estructura la realidad del sujeto (Lacan, 2021). Siguiendo la tradición estructuralista, Lacan afirma que toda la experiencia del sujeto está dada por la estructura de la red de significantes. El sistema del significante, explica en el *‘Seminario’* de 1955-56, lleva al sujeto, lo arrastra consigo (Lacan, 2021). “*Hay primero un conjunto sincrónico, la lengua en tanto sistema simultáneo de grupos de oposiciones estructurados, tenemos después lo que ocurre diacrónicamente, en el tiempo, que es el discurso*” (Lacan, 2021, p. 83), y es determinado por estos dos sistemas que el sujeto habita el mundo, por lo que le resultan inescapables.

Mientras que para Saussure, quien postula originalmente el concepto, la relación entre significante es arbitraria y bi-unívoca, Lacan plantea que el significante es primario y determinante de los efectos de significación. El significado no se relaciona al significante de manera fija, sino que es creado por el encadenamiento de los significantes y siempre remite a otra significación, en tanto el significante siempre remite a otro significante.

Esta propiedad implica que este nunca se liga al significado de forma eterna e inmutable. Un significante, por sí mismo, no significa nada -podría decirse, nada fijo-, sino que es su posición en la cadena significativa la que crea el significado en cada ocasión. En el '*Seminario*' de 1972-73 Lacan llama a esta relación contingente, en contraste con la denominación de arbitrariedad que propone Saussure para dar cuenta de que el significante no está atado a una referencia a lo real.

Este hecho tiene numerosas consecuencias, pero se tomarán aquí dos de ellas. La primera es que Lacan introduce la idea del deslizamiento sin tope, de la metonimia infinita. El significante remite de manera permanente a otro significante, que determina '*apres-coup*' el significado de ambos, engendrando los efectos de significación. Esto lo diferencia del signo, que remite a algo de forma estable. La segunda es que esta no-correspondencia introduce la dimensión del engaño posible. El significante crea la posibilidad permanente del engaño. En tanto no refiere a lo real -debido a lo cual no está fijado a nada certero-, y en tanto que su significado está constantemente siendo alterado por otro significante, el significante es en sí mismo engaño, y el sujeto no puede librarse de esto.

Con estos elementos planteados, ¿qué es lo que se defiende en este ensayo como hipótesis novedosa? Establecido ya que el amor busca el signo de amor y que el sujeto no puede jamás encontrarse en sí y en el otro con nada que no sean significantes, se propone aquí la teoría de que los celos amorosos, en su dimensión de desconfianza y en las consecuencias que esta provoca, tienen como origen este conflicto. El fenómeno de los celos amorosos existe, al menos en parte, como un fenómeno normal de toda relación amorosa debido al hecho de que el sujeto nunca puede contar con la certeza total sobre el amor del partenaire. Es decir, no puede contar con el signo que se lo represente, pues solo se encuentra con significantes.

Esta propuesta permite pensar la universalidad de los celos en tanto que los extrae como consecuencia lógica de la naturaleza de dos fenómenos presentes en todo sujeto. Da lugar, también, a concebir las manifestaciones singulares que de estos pueden presentarse en cada quien, en cuanto que se entiende que no todos se posicionan en relación al amor y al significante de la misma manera.

Como conclusión parcial, se observa a partir de lo desarrollado en este apartado que aquellos elementos inconscientes de los celos que Freud planteaba como la

repetición de ciertas vivencias reprimidas, pueden ser pensados a partir de los aportes conceptuales de Lacan y de la hipótesis planteada en este trabajo como siendo causados por la estructura del significante en la que el sujeto se constituye.

Para ilustrar esta hipótesis, se procederá en el siguiente apartado al análisis de un conjunto de escenas de la obra magna de Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*.

La prisión de los celos

La novela *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, fue publicada entre los años 1913 y 1927 en siete tomos: '*Por la parte de Swann*', '*A la sombra de las muchachas en flor*', '*La parte de Guermantes*', '*Sodoma y Gomorra*', '*La prisionera*', '*Albertine desaparecida*' y '*El tiempo recobrado*'. A lo largo de sus más de 2800 páginas -en la traducción al español de Carlos Manzano publicada por la editorial Debolsillo-, se ofrece una ventana privilegiada al acontecer psíquico de su protagonista, quien relata con un lujo de detalles abrumador una serie de recuerdos de una variedad amplísima en su temática, conectados por el hilo común de sus desencuentros amorosos.

La novela de Proust abarca desde los miedos de la infancia hasta la desolación de la vejez; desde la reflexión filosófica más profunda sobre el tiempo, la memoria y la fragilidad humanas hasta los más frívolos y detallados relatos de la vida social aristocrática y burguesa en la Francia de los últimos años del s. XIX y los primeros del s. XX. En esta obra se encuentran exploraciones de temáticas muy diversas y casi innumerables, que miles de escritores, críticos literarios e incluso psicoanalistas han examinado en los más de cien años desde su publicación.

En el presente trabajo se tomarán tan solo dos de estos posibles ejes, el amor y los celos, para articularlos con la hipótesis planteada. Para eso se hará una selección de escenas de la obra literaria que giran alrededor de la relación entre el protagonista, Marcel, y el más importante de todos sus amores, Albertine.

La relación entre ambos personajes es complicada y evoluciona enormemente a lo largo de la obra. Desde la primera aparición de Albertine en *A la sombra de las muchachas en flor*, en la que pasa de ser una desconocida a la compañera de juegos favorita de un Marcel aún niño, pasando por su reaparición en la adolescencia, y llegando hasta su trágica y repentina muerte en *Albertine desaparecida* durante los años de la juventud, la pareja atraviesa alteraciones. Albertine pasa de ser objeto de amor a ser un mero objeto carnal, para volverse luego el centro de la vida de Marcel, tomada por el amor y los celos. Los personajes se aman, se odian, se vuelven por momentos indiferentes el uno para el otro, se reconcilian, se engañan, se manipulan. Se trata de una relación relatada con tantas aristas, con tanta complejidad, que es válido incluso llegar a preguntarse si se trata de una pieza de ficción o si, en cambio, es el reflejo apenas desfigurado de vivencias reales.

Ahora bien, los celos no están presentes en el vínculo de los protagonistas desde el comienzo. El momento de su aparición se da recién en el segundo capítulo de *Sodoma y Gomorra*. En este punto, el narrador se ha reencontrado con Albertine en la localidad ficticia de Balbec, donde ambos pasan sus vacaciones de verano. Su relación se ha modificado. Mientras que en su primer encuentro, años atrás, todo había culminado con

el rechazo de Albertine a las insinuaciones amorosas y sexuales de Marcel, en este segundo momento los personajes se frecuentan amorosamente.

Los celos nacen una tarde, a partir del comentario de un amigo de Marcel, el Dr. Cottard. Los protagonistas se encuentran en un salón en el que burgueses y aristócratas se reúnen para almorzar y bailar, y entonces se da el siguiente intercambio:

Una de las muchachas, a quien yo no conocía, se puso al piano y Andrée pidió a Albertine que bailara un vals con ella. Contento, en aquel pequeño casino, de pensar que iba a quedarme con aquellas muchachas, comenté a Cottard lo bien que bailaban, pero él [...] me respondió: «Sí, pero los padres que dejan a sus hijas adquirir semejantes costumbres son muy imprudentes. Desde luego, yo no permitiría a las mías venir aquí. ¿Son bonitas al menos? No distingo sus facciones. Hombre, mire», añadió, al tiempo que me señalaba a Albertine y Andrée, quienes bailaban el vals despacio, apretadas una contra la otra, «he olvidado mis lentes y no veo bien, pero no cabe duda de que están en el culmen del placer. No se suele saber lo suficiente que las mujeres lo experimentan sobre todo en los senos y mire: los suyos se tocan completamente». En efecto, el contacto entre los de Andrée y los de Albertine no había cesado. No sé si oyeron o adivinaron la reflexión de Cottard, pero se separaron ligeramente una de la otra sin dejar de bailar el vals. En aquel momento Andrée dijo una palabra a Albertine y ésta se rió con la misma risa penetrante y profunda que había oído yo antes, pero la turbación que me infundió aquella vez ya sólo me resultó cruel; Albertine parecía mostrar con ella, hacer comprobar a Andrée, un estremecimiento voluptuoso y secreto. (p. 208-209)

Más adelante:

El daño que me habían hecho sus palabras sobre Albertine y Andrée era profundo, pero, como ocurre con los venenos que tardan un tiempo en surtir efecto, no sentí de inmediato los peores sufrimientos. (p. 211)

Marcel cae así en la más profunda y constante desesperación. Algo se trastoca en su relación con Albertine y ya ninguna muestra de amor es suficiente para librarse de la sospecha y mantener alejados los celos. Todo está siempre pronto a derrumbarse. No mucho después de este recuerdo relata la primera escena de interrogatorio que pronto se vuelve estereotípica en la relación. Albertine dice tener un compromiso para cenar con su tía en casa de una familia amiga, y, para Marcel, esto pone en cuestión su amor y lo lleva

a imaginar infidelidades. Duda sobre las preferencias de Albertine, la manipula para que no asista a ese compromiso y no cree nunca en la veracidad del mismo. Mide su importancia con la de la familia y amigos de Albertine, le pregunta y repregunta hasta hallar las más mínimas inconsistencias para luego enrostrárselas. Sus dudas sobre el amor de Albertine lo mantienen sufriendo y lo atan a ella.

Pronto estar cerca de otras personas -sean estas mujeres como unas jóvenes que frecuentan su hotel u hombres como Saint-Loup, amigo de Marcel, o un camarero-, es ya una excusa suficiente para dudar de Albertine, no importa cuanto haga ella para afirmar su amor y fidelidad. Se lee “A partir del día en que Cottard entró conmigo en el pequeño casino de Incarville, aun sin compartir la opinión que aquél había emitido, Albertine dejó de parecerme la misma; verla me encolerizaba” (p. 216), y luego: “yo sufría de aquella sospecha pero acababa alejándola. Apenas me la había curado, renacía con otra forma” (p. 217).

Incluso son suficientes “cositas de nada como las que flotan de forma habitual en la atmósfera ambiente en la que la mayoría de las personas las absorben durante todo el día sin que su salud se resienta ni su humor se altere” (p. 217), o recuerdos que antes le resultaban insignificantes.

Pero ¿qué es lo que cambia luego del comentario de Cottard? Que se ha roto de forma irreversible la ilusión del signo de amor. Antes, Marcel podía tener la seguridad de que su amada estaba dedicada a él. Ahora, a partir de que el baile con Andrée adquiere esta dimensión de ocultamiento, todo en Albertine queda impregnado de engaño. Todas sus palabras, todas sus acciones, todos sus gestos, planes o emociones son vividos por el protagonista como significantes: siempre resignificados, siempre engañosos. Ese amor que ella le muestra puede no ser cierto. Su amor por ella, que reclama el signo de amor que nunca va a poder obtener, se vuelve insaciable y los celos se despliegan sin parar.

Toda la conducta desencadenada por los celos de Marcel puede ser leída como un intento de recuperar ese signo que siempre se le vuelve a escapar de las manos: sus mentiras -como decirle que no la ama, haciendo jugar la duda en ella-, sus ocultaciones, sus evitaciones, sus interrogatorios, sus vigilancias, sus averiguaciones. Todo apunta a extraer de Albertine el signo incuestionable, pero los intentos fracasan y dan paso de nuevo a los celos. Incluso cuando consigue que ella le suplique, lo bese y se pegue a él, la calma que obtiene no es más que temporal. Marcel necesita la seguridad de que es amado y de que Albertine no es lesbiana, pero nunca la obtiene. Ambos se encuentran en un “juego del escondite en el que Albertine siempre se me escaparía” (2009a, p. 23).

En la página 62 de *La prisionera* (2009a), es posible leer con particular nitidez este constante e insaciable movimiento del signo al significante, de la certeza a la sospecha:

Andrée entraba y cerraba la puerta tras sí, se habían encontrado con una amiga y Albertine nunca me había hablado de ella. «¿Qué han dicho?» «No lo sé, porque he aprovechado que Albertine no estaba sola para ir a comprar lana.» «¿A comprar lana?» «Sí, me lo ha pedido Albertine» «Razón de más para no ir, tal vez fuera para alejarte» «Pero es que me lo había pedido antes de que nos encontráramos a esa amiga» «¡Ah!», respondía yo, recuperando la respiración.

Todo parece haberse calmado, pero:

En seguida volvía a sentir la sospecha: «Pero, ¿quién sabe si no había quedado por adelantado con su amiga y no habría preparado un pretexto para estar sola, cuando lo deseara?»

Entonces, cuando hay calma, cuando por momentos consigue aplacar lo insoportable del significante y quedarse con la ilusión del signo, comienza a vislumbrar la idea de dejarla. Al estar seguro de su amor, ya no la necesita. Pero en cuanto todo se pone en duda de nuevo, como siempre sucede, se queda atado. Las palabras de su amada le resultan “*un suelo que cubre un agua subterránea y peligrosa*”, siempre llevan por debajo la mentira:

Albertine me daba sólo su palabra, perentoria y no basada en pruebas, pero era precisamente lo que más podía calmarme, pues los celos pertenecen a esa familia de dudas enfermizas que despierta mucho más la energía de una afirmación que su verosimilitud. Por lo demás, es propio del amor volvernos a la vez más desconfiados y más crédulos, hacernos sospechar -antes que otra- de aquella a quien amamos y dar crédito más fácilmente a sus negaciones. (2008, p. 246)

Al comienzo del cuarto capítulo de este mismo libro, durante un período de paz lo suficientemente extenso en el cual está seguro del amor de Albertine, Marcel decide por fin dejarla para terminar con sus sufrimientos. La cita en su habitación de hotel para hablar y todo parece marchar según el plan. Solo que entonces los celos vuelven a nacer y esta vez más intensos que nunca, cuando se entera de que Albertine es amiga de dos mujeres homosexuales. Esta vez todo se le sale de control. Las confesiones y reaseguros que había obtenido y le habían dado tranquilidad caen bajo sospecha una vez más y con más intensidad que nunca. Presa de sus celos y sin saber a qué más recurrir, Marcel toma una decisión drástica para intentar borrar la duda de su mente: casarse con ella y llevársela a vivir consigo a París.

“Cada uno de los ataques de celos es particular y lleva la marca de la persona que los ha suscitado”, leemos en la página 540 de *Sodoma y Gomorra*. En esta ocasión los celos y dudas toman el tinte de la pregunta por las inclinaciones sexuales de Albertine, y todo el año en que ella permanece ‘prisionera’ de Marcel la temática principal de sus incriminaciones e interrogatorios pasa por este aro. *La prisionera* (2009a) relata ese año de encierro, en el que los personajes quedan presos de sus pasiones y ven sus vidas reducidas a la lucha por y contra los celos. Una y otra vez Marcel y Albertine se ven enfrascados en largas discusiones que culminan -a veces- en la tranquilidad del primero, solo para que todo lo construido en esas tortuosas sesiones vuelva a adquirir al cabo de un tiempo carácter de engaño y se vea resignificado por algún otro movimiento.

No importa cuántas veces lo desmienta, cuántas veces se acueste con él, cuántos compromisos deje de lado para quedarse junto a Marcel, Albertine no consigue jamás que su partenaire se sustraiga de los celos que le causan la naturaleza misma del significante y el amor. Que las infidelidades hayan existido y ella fuese, realmente, homosexual, es secundario para el análisis que realizamos, pues todo eso Marcel no lo tiene por seguro sino luego de la muerte de su amada (veasé *Albertine desaparecida*, 2009b).

Ambos quedan atrapados en la prisión de los celos. Prisionera Albertine, porque para saciarse Marcel la arrastra a vivir consigo y la somete a sus costumbres (2009a, p. 16), sus interrogatorios y su vigilancia constante -como la que ejercen por él Andrée y el conductor-. Prisionero Marcel, porque toda su vida queda subordinada a los movimientos de sus celos; no hay acción o pensamiento que pueda realizar sin ser arrastrado hacia Albertine y sus sospechas, que lo dejan sin energía para nada más.

Marcel anhela constantemente una libertad que nunca consigue, pues está sometido por sus celos (p. 28), es decir, por el amor y el significante, de los cuales, como a cualquier otro, le es imposible escapar. Solo la muerte de su amada y el duelo por ella, que poco a poco apaga ese amor, logran abrir su celda.

Conclusiones

Este ensayo se propuso pensar el fenómeno de los celos amorosos desde una perspectiva psicoanalítica, proponiendo que estos nacen, al menos en parte, debido al hecho de que el amor busca el signo de amor y no se encuentra nunca con más que significantes. Para plantear y defender esta hipótesis fueron necesarios tres apartados.

En el primero, se produjo una reseña de los aportes más significativos realizados por S. Freud para la comprensión de los celos. Esto supuso retomar los planteos hechos por el padre del psicoanálisis en diferentes puntos de su obra, recortando así ciertas coordenadas para la reflexión. En el segundo apartado, se continuó, en primer lugar, con esta línea expositiva, dando cuenta de los aportes realizados por J. Lacan sobre el tema, para pasar, en un segundo momento a desarrollar los elementos conceptuales -el amor, el signo y el significante- que nos permitieron plantear la hipótesis central de este trabajo. En el tercero, se procedió a una breve presentación del material con el que se defendió la hipótesis planteada, la novela *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, y a su posterior análisis. A través del análisis de ciertas escenas se ilustró cómo los celos pueden ser pensados a partir de la relación entre amor, signo y significante y se dio cuenta de la situación de los personajes principales con la idea de 'la prisión de los celos'.

El recorrido realizado permite situar los celos amorosos en una perspectiva que, sin contradecir los aportes inaugurales de Freud, los reinscribe en la lógica estructural del sujeto tal como es pensada por Lacan. Si Freud había puesto en evidencia su raíz inconsciente y su anclaje en las tramas edípicas y fraternas, la lectura aquí propuesta permite avanzar un paso más al articularlos con la imposibilidad constitutiva que atraviesa al amor en tanto tal.

En efecto, al sostener que el amor exige del partenaire el signo de amor -entendido como garantía de certeza- y que, sin embargo, el sujeto no dispone más que de significantes, se esclarece una tensión irreductible que no depende exclusivamente de las contingencias empíricas de cada vínculo, sino de la estructura misma del lenguaje en la que el sujeto se constituye. Es en esta hiancia donde los celos encuentran, al menos en parte, su condición de posibilidad: no como mero efecto de circunstancias externas o de historias singulares, sino como correlato necesario de una búsqueda destinada al fracaso. Allí donde el amor reclama una confirmación plena, el significante introduce inevitablemente el deslizamiento, la ambigüedad y la sospecha.

La lectura de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust ha permitido ilustrar con particular claridad esta hipótesis. En la experiencia de Marcel, el pasaje del signo al significante -precipitado por una contingencia aparentemente menor- no hace más que revelar una verdad estructural: que el amor, en su demanda de certeza, está siempre expuesto a la irrupción del equívoco. Los celos no emergen entonces simplemente por lo

que el otro hace o deja de hacer, sino por la imposibilidad de fijar definitivamente el sentido de sus actos y palabras. De este modo, la obra proustiana no solo ofrece un caso paradigmático, sino que se constituye en una vía privilegiada para pensar, desde la literatura, aquello que el psicoanálisis formaliza conceptualmente.

Se desprende de ello que la universalidad de los celos amorosos puede ser comprendida no ya como un rasgo psicológico general, sino como un efecto de la articulación entre amor y lenguaje. Al mismo tiempo, esta perspectiva permite dar cuenta de la diversidad de sus manifestaciones, en tanto cada sujeto se posiciona de manera singular frente a esta imposibilidad estructural: algunos sosteniendo la ilusión del signo, otros precipitándose en la certeza delirante, otros, finalmente, oscilando sin descanso entre la creencia y la duda.

Se entiende que los objetivos planteados en este ensayo han sido cumplidos, pero se reconocen, en el presente estudio, ciertas limitaciones, que constituyen simultáneamente posibles líneas de elaboración a futuro. En primer lugar, se hace necesario someter esta hipótesis a una discusión teórica más profunda y a la prueba de su aplicación sobre distintos materiales, logrando con ello contrastarla y articularla al edificio conceptual del psicoanálisis, dando cuenta de sus consecuencias. En segundo lugar, es posible una exploración más amplia de la obra proustiana que expanda no solo lo aquí desarrollado, sino que habilite también nuevas líneas de elaboración teórica. Esto implica analizar con mayor detalle las escenas trabajadas, pero también otros lugares de la obra literaria, como la constitución de las inclinaciones del protagonista con relación a los celos.

Referencias bibliográficas

- Abatángelo Stürzenbaum, L., & Yaser, L. R. (2019). Otra joven homosexual: los celos apasionados. *Calibán: Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, Volumen 17, 42-55.
- Freud, S. (1991a). 16° conferencia. *Psicoanálisis y Psiquiatría*. En Freud, S., *Obras Completas* (Vol. 16). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1992). *Inhibición, Síntoma y Angustia*. En Freud, S., *Obras Completas* (Vol. 20). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1991b). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*. En Freud, S., *Obras Completas* (Vol. 12). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1991c). *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 18). Amorrortu Editores.
- Lacan, J. (2022). *El Seminario, Libro 1: Los Escritos Técnicos de Freud*. Paidós.
- Lacan, J. (2021). *El Seminario, Libro 3: Las Psicosis*. Paidós.
- Lacan, J. (2023). *El Seminario, Libro 8: La Transferencia*. Paidós.
- Lacan, J. (2019). *El Seminario, Libro 11: Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Paidós.
- Lacan, J. (2020). *El Seminario, Libro 20: Aún*. Paidós.
- Lacan, J. (2008). *La Cosa Freudiana*. En *Escritos 1*, 379-410. Siglo XXI Editores.
- Monneyron, F. (1997). *L'écriture de la jalousie*. Ellug.
- Proust, M. (2008). *Sodoma y Gomorra, Traducción de Carlos Manzano*. Debolsillo.
- Proust, M. (2009a). *La prisionera, Traducción de Carlos Manzano*. Debolsillo.
- Proust, M. (2009b). *Albertine desaparecida, Traducción de Carlos Manzano*. Debolsillo.
- Rabant, C. (2009). *Pasión y sublimación*. Homo Sapiens Ediciones.
- Strachey, J. (1991). *Nota introductoria a Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 18). Amorrortu Editores.